

Al partir

Actas del Repudio

Por el XXV aniversario del Mariel

*¡Voy a partir! ... La chusma diligente,
para arrancarme del nativo suelo ...*

GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA

Cosa de juego

El niño que se va le ha regalado sus juguetes al niño que se queda. Pero los dos amigos todavía juegan juntos. Un día, subiendo la escalera, se topan con el padre de la presidenta del Comité, que le dice al niño que se queda: ¿Cómo es que tú juegas con escoria?

Al enterarse, el padre del niño que se queda le da explicaciones al padre del niño que se va y hace profesión de lealtad a nombre de su hijo. Pero los dos amigos dejan de jugar juntos.

Fulano, ábreme

El ómnibus, atestado, se ha detenido en una parada. En sentido contrario, se acerca una turba que persigue a un hombre que se va. El hombre reconoce al chofer y se le acerca corriendo y gritando: Fulano, ábreme, ábreme, por favor.

El chofer hace ademán de abrirle. Pero un guardia que viaja cerca de él le dice: Si le abres, tú también vas abajo.

El ómnibus arranca sin el hombre que se va, cuyos gritos se apagan en la distancia.

El beso

La turba viene azuzando a un hombre que se va. El hombre lleva las manos a la espalda, como si las tuviera amarradas, y trastabilla.

Frente a uno de los edificios del gobierno hay una gigantesca caricatura de cartón de Jimmy Carter. A empujones, llevan al hombre hasta ella y, empujándolo por la nuca, lo obligan a besar a Carter en la verija.

Gritos y susurros

Desde el ómnibus se ve al hombre que se va correr en zigzag por los portales. La turba que lo persigue le lanza cascajos y trozos de ladrillos de una construcción cercana. Una pasajera protesta en voz alta: ¡Salvajes! ¡Qué barbaridad! ¡A lo que hemos llegado...! Un guardia que va de pie a su lado se inclina y le susurra algo al oído. Silencio.

Noche de Oscar

Una noche se encuentra con dos amigos que se van. Asombrado, les pregunta: ¿Pero ustedes no se habían metido en la embajada del Perú? Sí, pero salimos con salvoconducto. ¿Y qué hacen en la calle desafiando al destino? Vamos a casa de un amigo a ver el Oscar, que le está entrando la televisión de Estados Unidos.

R.I.P.

Desde la acera se ve una larga cola que se mueve lentamente para entrar al Palacio de la Revolución. Alguien pregunta qué pasa. Le responden que están velando a un escritor famoso que ha muerto en París. Y la conversación vuelve al Mariel y a la embajada del Perú.

El desconocido

El hombre que se va está esperando en la administración el papel con su baja laboral. A la puerta de la oficina, antiguos compañeros de trabajo (los más íntimos le han pedido que les avise antes de ir, para no estar presentes) le hacen un acto de repudio: no le pegan ni lo insultan, se limitan a corear consignas de «reafirmación revolucionaria» y a cantar el Himno Nacional. Al rato, oye que uno de ellos le dice a otro: Vámonos a trabajar, tú, que a fin de cuentas yo no conozco a este tipo.

Radio de Miami

En la larga espera, buena parte de sus horas muertas las llena oyendo música. En su radio ruso (letón, en realidad) tiene puesta siempre una estación de Miami: uno canta que mientras más cerca estamos de la meta, más nos vamos resbalando y alejando; otros filosofan que no somos más que polvo en el viento; el de más allá se desespera porque el amanecer del nuevo mundo prometido nunca llega. Y, como pasa con los amantes contrariados, muchas veces las letras le hablan directamente a su odisea.

Andando el tiempo, en su primer domingo en Miami, va a tirarse una fotografía a la puerta de la emisora, como quien cumple, agradecido, una promesa.

Visitas

Algunos antiguos alumnos no dejan de visitar al maestro que se va. Después de las preguntas de rigor sobre su situación, los temas de conversación son los mismos de antes: cine, música, literatura.

Una tarde, dos desconocidos tocan a su puerta. Sacan carnés de Inmigración y le piden que los acompañe, que tienen que hablarle de algo relacionado con su salida. Se lo llevan en una motocicleta con sidecar.

Cuando están dentro de una oficina, le dicen que no vienen realmente de Inmigración y le muestran insignias de la Seguridad del Estado. Le brindan té, que rechaza (no es momento para posar de británico).

Le advierten que no puede seguir recibiendo a los muchachos; que él se va y ya no tiene salvación, pero que esos jóvenes se quedan y él no los puede echar a perder. Tiene que decirles que no vuelvan más a su casa, sin explicarles que ellos se lo han ordenado.

Pero los alumnos no regresan. Por si acaso, a ellos también les han leído la cartilla.

Basura

Un mensajero oficial, acompañado por la presidenta del Comité, llega para decirles que recojan lo indispensable y se presenten en un centro de procesamiento, que han venido a buscarlos por el Mariel. Antes de irse, rompen algunas cartas y otros papeles personales y los echan al cesto de la basura.

Tras unas horas en el centro indicado, los llaman para decirles que su salida ha sido denegada. No les dan explicaciones («Nosotros estamos aquí para hacer preguntas, no para contestarlas»), sólo una autorización para que les devuelvan la llave de su vivienda.

Cuando regresan a su casa, lo primero que notan es que el cesto de la basura está vacío.

Chéjov

No sabe qué se puede llevar. Llama a menudo a la aduana del aeropuerto y cada vez le dicen algo distinto. No piensa cargar con mucho, pero no se resigna a desprenderse de una edición española de los cuentos completos de Anton Chéjov, su escritor favorito. Como no sabe si se la quitarán, apela a una argucia del desespero: se escribe a sí mismo una dedicatoria sensiblera, como si fuera un antiguo regalo de su madre con la recomendación de que lo acompañe siempre.

El día de la partida, el libro pasa la inspección sin provocar ni un pestañeo. Y como la cursi dedicatoria no se puede arrancar —está escrita en el

reverso de la portada—, se convierte en un recordatorio de los risibles ardidés de la incertidumbre.

Amigos de Heráclito

Ha dejado atrás, aunque en manos seguras, los escasos manuscritos de una vida entera. Con el tiempo, sus albaceas casi testamentarios se los mandan, poco a poco, por correo. Algún que otro texto desaparece, pero la pérdida que más le duele es la de un poema sobre la dispersión de los amigos y la disolución de la amistad, del que sólo le llega la página final. Apenas se salva del hueco de la memoria el recuerdo de que se titulaba «Todo fluye» (como la máxima de Heráclito) y que lo encabezaba una cita de Rubén Martínez Villena: «Los amigos de ahora —para entonces dispersos». Y esa torturante página extirpada que dice:

(he observado que en el paisaje de los poetas siempre llueve),
 el río huele a todas las podredumbres,
 hace una tarde espléndida para morir con ella
 o para dejar que la vida nos consuma
 como copos de nieve en el infierno.

Idas y vueltas

Poco antes de partir para el Mariel, donde los espera una embarcación, un funcionario les dice que el nombre de su hija no aparece en la lista. Juran y perjuran, pero nada. Como la hija no puede viajar, la madre decide quedarse con ella. Sólo se van por delante —luz que alumbra y abre caminos— el marido y la suegra.

Al cabo les llega la salida por un tercer país, pero la hija se ha enamorado y ya no quiere irse. La madre se va sola.

Mientras espera para pasar a Estados Unidos, se entera de que su marido ha muerto de repente. Casi con un pie en el estribo, también muere su padre, a quien no había visto en veintipico de años.

Pasado el tiempo, vuela la noticia de que la hija dejada atrás, ahora casada y con una niña, se ha suicidado.

Con esfuerzo y paciencia, logra traer al yerno y a la nieta, de cinco años. Pero el yerno no se adapta y a los pocos meses coge una lancha y se lleva a la hija de regreso para Cuba.

Tras semanas de arresto, lo remolcan en un bote con su hija hasta mar afuera, le quitan las esposas y, con una lata de agua y otra de galletas, lo enrumban de nuevo hacia Estados Unidos.